

Manifestaciones o manifestapenas



Hasta hace unos años, las manifestaciones las convocaban gentes que trataban de hacer valer unos derechos que, por general, se veían pisoteados por el poder, los empresarios o los rectores de universidad: solían ser actos espontáneos convocados por los menos favorecidos y los sin voz que, por cierto, conmovían muy poco a las autoridades de turno; éstas esperaban pacientemente a que pasasen cuanto antes, mientras indicaban a las fuerzas de seguridad el grado de contundencia con el que debían emplearse, en función del origen y el destino del acto.

En muchas de estas convocatorias los ciudadanos solíamos apreciar con simpatía sus reivindicaciones, por lo general laborales, pues solían ser modestos grupos de individuos indignados y oprimidos por los poderes establecidos.

Luego, años después, llegaron las manifestaciones contra el terrorismo, los asesinatos y las canalladas cometidas contra cualquier ciudadano que se pusiera en el punto de mira de los criminales de ETA. Un poco más tarde surgieron los actos públicos convocados por las víctimas de estos primeros, llenando las calles de las ciudades españolas de pregones, titulares, manos blancas y lacitos de colores. Con ello, empezamos a acostumbrarnos a expresar en alto cosas que, por separado y en silencio, prácticamente todos compartíamos.

Sin embargo, hoy, los ciudadanos vemos con sorpresa como las manifestaciones las convocan los propios políticos para protestar contra otros políticos, como si en el Parlamento no tuvieran suficiente campo de batalla dialéctica en el que dilucidar sus encuentros o diferencias. El uso de la calle para debatir o esgrimir lo que no tuvo éxito en las Cortes es un síntoma inequívoco de que algo no anda bien en la clase política de nuestro país, que sí poseen un ámbito legal y físico donde ser escuchados.

Ser demócrata es, justamente, lo contrario a que los políticos de la oposición se manifiesten contra el gobierno de turno. Da igual de qué tendencia sea el mismo. La democracia consiste en aceptar las opiniones de los otros aunque tú no las suscribas. Que los políticos organicen este tipo de saraos es ganas de prostituir la esencia de las últimas elecciones generales. No hay mayor ni mejor manifestación que convocar a las urnas a los ciudadanos para que libremente escojan el camino a seguir durante los cuatros años siguientes. A un Gobierno legítimo no se le puede someter cada semana a que cambie tal o cual -decisión de Estado- por medio de actos callejeros: unas posturas, por otra parte, tomadas con la legitimidad que le otorgaron los votos obtenidos.

La obligación de la oposición es tratar de convencer con palabras al mayor número de ciudadanos de que ellos lo harían de otra manera, y que sean las próximas elecciones las que decidan quién tenía razón. Lo que se está haciendo estos

últimos meses es impropio de un país que pretende codearse con los más serios del mundo.

La burda manipulación de la verdad insta a la confrontación, la confusión y al abandono de lo que realmente importa. Cuando no a la desidia y a que los ciudadanos no queramos saber nada de estas rencillas. Lo que estamos presenciando no son manifestaciones, son manifestapenas de fanáticos, enrabietados por no poder salirse siempre con la suya. La voz del pueblo se expresa en las Cortes y en los Parlamentos Autonómicos.